

## Espiritualidad laica y modernidad

FERNANDO RODRÍGUEZ GENOVÉS\*

Nota a partir del libro de André Comte-Sponville y Luc Ferry, *La sabiduría de los modernos*. Península, Barcelona, 1999.

### I

No son André Comte-Sponville y Luc Ferry dos desconocidos para las personas atentas a la evolución del pensamiento europeo actual, y mucho menos para aquellos que siguen de cerca la activa y dinámica producción filosófica proveniente de Francia. La recepción editorial en España ha sido más puntual hacia la obra de Luc Ferry —destaquemos, por ejemplo, *El nuevo orden ecológico* (Premio Médicis de Ensayo, Tusquets, 1994) y *El hombre-dios o el sentido de la vida* (Tusquets, 1997)—, y algo más morosa hacia Comte-Sponville, si bien esta demora se ha visto compensada por la gran acogida que el público le ha prestado a su *Pequeño tratado de las grandes virtudes* (Espasa, 1998) y a *Impromptus* (Andrés Bello, 1999), dos libros que ya venían avalados por la notoriedad desde las primeras respectivas apariciones (1995 y 1996) en su país de origen. Coincidiendo con la salida al mercado español de este último, ha visto la luz la obra compuesta por ambos, *La sabiduría de los modernos*, objeto de esta anotación.

Nos hallamos ante un trabajo singular, que llama la atención principalmente por la estructura y la vitalidad que empujan sus más de seiscientas páginas, pues en el encuentro y lance que los convoca se contrastan tesis que, con mayor detalle, se contienen en sus previos y particulares ensayos. Estos libros —y el que ahora atendemos lo ratifica— nos hablan de dos filósofos franceses contemporáneos que, para sorpresa de los más despistados o desorientados, todavía siguen la estirpe leal al espíritu racionalista y al ideal de las Luces, preocupados por el estatuto de la *sabiduría*, así como por la actualidad y sentido de lo que significa ser *modernos*. Desgraciadamente, la luminaria y la distracción de las que hacen gala muchos de los intelectuales franceses encuadrados en las filas del posestructuralismo, la posmodernidad y la deconstrucción (¿cuándo estallará la «posdeconstrucción»?) pueden dar la impresión de que todo lo que se produce y nos llega del país vecino pertenece a la misma parentela. Existe, en verdad, una influyente tradición de escritores y pensadores identificada con la denominación del origen y la procedencia, por la pasión de *épater* a burgueses y desahogados y por una seductora fascinación hacia la escritura oscura e indescifrable (necesaria de códigos «metatextuales», que ellos mismos crean al ser los causantes de lo inextricable). Tam-

---

\* Dirección para correspondencia: C/ Llevant, 9. 46110 GODELLA (VALENCIA). E-mail: frgenoves@ctv.es

poco les es extraña la propensión a delinear una trinchera defensiva — tan aparentemente inexpugnable como vulnerable y ineficaz terminó siendo la «Línea Maginot» durante la II Guerra Mundial—, no para frenar en esta ocasión a los alemanes sino al «desafío americano»; obcecación que fascina y agrupa a estos *clerics* en un peculiar «frente nacional» contra lo intelectualmente extranjero, especialmente si es *made in USA*. Me refiero, claro está, a la galería de viejas y nuevas tendencias capitaneadas, entre otros, por personajes del fuste de Gilles Deleuze o J.F. Lyotard (ya fallecidos), o del empuje de Jacques Derrida, Paul Virilio, Jean Baudrillard, Julia Kristeva o Régis Debray, quienes muy cansados de Occidente y de su técnica alienadora, no cesan, sin embargo, de fustigar los estragos y la banalidad que facturan el asedio americano y la mediocridad de los mensajes que escupen los medios de comunicación sobre la conciencia europea... desde las tribunas que les ceden las cátedras y fundaciones de Estados Unidos o los espacios que les brindan generosamente la prensa y la televisión nacional o internacional, qué más da.

No sería justo, empero, sucumbir ante semejante estereotipo, aunque es bien sabida la facilidad de la industria francesa para fabricar una cultura de la seducción, de la irreprimible fascinación por la *fashion*, su genio para producir *prêt-à-porter* revestido por una refulgencia de puro diseño, o la *nouvelle cuisine* o la *nouvelle vague*. Y digo que no es justo ceñirse a este fotograbado, porque resulta algo borroso y además dejaríamos a muchos fuera de campo, ni lo sería tampoco dejarse encorsetar por un apretado resumen que no podemos ahora desliar. Para superar esta jurisdicción basta con atender, y reservar tiempo y espacio, a otras voces igualmente eminentes pero más constructivas, y acaso más provechosas. Me refiero ahora a Alain Touraine, Clément Rosset, Alain Finkielkraut y Pascal Bruckner o a quienes, como los autores de *La sabiduría de los modernos*, se caracterizan por preservar, dentro de sus propios acentos, un discurso filosófico y racional que no se complace en el arte del bucle gramatical ni se siente cautivo de sí mismo ni hace del lenguaje un instrumento sin más vocación y fin que referirse a sí mismo.

## II

«¿Qué nos acercó? Cierta forma común, o en cualquier caso comparable, de filosofar. Un mismo apego a la razón, a la claridad, al intercambio de argumentos, a la búsqueda siempre renovada de lo verdadero. Una misma fidelidad a las Luces. Un mismo rechazo a la sofística y al nihilismo. También, y por eso mismo, una cierta perplejidad, por no decir más, ante lo que se ha convertido la filosofía contemporánea... » (p. 14).

André Comte-Sponville y Luc Ferry se reúnen en este libro con el objetivo de intercambiar sus respectivas orientaciones filosóficas y así concentrarse en un debate alrededor de «diez preguntas para nuestro tiempo», en las que se reconocen las claves del sentido de la tarea filosófica (la búsqueda de la sabiduría) y la raigambre de los que piensan en su tiempo, y acerca de la actualidad de su tiempo, que es el presente (los modernos). Ser modernos significa no sólo saber acerca de la modernidad sino, sobre todo, saberse modernos, hacerse cargo del momento y de la situación en la que se vive y desde la que se piensa, para así poder serlo plenamente. Digámoslo de otro modo. Ser moderno comporta un apego y un desapego: el desapego del hombre hacia *un* espacio determinado (al «descolocarse» de un punto particular y verse lanzado a un mundo en el que sea factible realizar un ideal universalista y cosmopolita) y el apego del hombre a *un* tiempo concreto, el presente, que se abraza al futuro. Desde esta perspectiva, la presencia de lo real y sus urgencias son siempre privilegiadas sobre las proyecciones de un ideal de posteridad, normalmente asociado a dudosas

utopías. Se piensa en el más allá pero no se vive en él, porque el más allá cobra una perspectiva de lontananza, no de eternidad. Se piensa y se vive «aquí y ahora», según una máxima de sabiduría antigua que, por mor de la restitución moderna de ideales recuperados, se torna asunto y condición de nuestra época.

El proyecto del libro, según palabras de Luc Ferry: «intentar conocer el posible equivalente actual de lo que ellos [los antiguos griegos] llamaban «sabiduría». Esto es, en el fondo, el objeto de nuestros debates» (p. 301). Los dos autores coinciden al entender la «sabiduría de los modernos» como una sabiduría laica, producto de la secularización que la historia ha impuesto en la conciencia y en la voluntad de los individuos desde el advenimiento de la modernidad, que al sentirse modernos integran los ámbitos de la singularidad (demasiado localista) y la universalidad (especialmente abstracta) en el espacio autónomo e instaurador de la individualidad... Reconocer a Montaigne o a Descartes como su fundador es una cuestión de preferencia más que de contienda, pues, después de todo, todo queda en casa...

Sobre acuerdos y desacuerdos, en torno a muchas preguntas y algunas respuestas, giran las disertaciones que tienen su punto de arranque, justamente, en un acuerdo respecto a las preguntas o interrogantes que se formulan en voz alta: ¿Cómo ser materialista o humanista? ¿Existen fundamentos naturales de la ética? ¿Vamos hacia una sacralización de lo humano? ¿Qué podemos esperar? ¿La búsqueda de sentido es una ilusión? ¿Esperanza o desesperación: Jesús o Buda? ¿Existe una belleza moderna? ¿Cómo valorar la sociedad mediática? ¿Filósofo o político?... ¿Para qué sirve la filosofía contemporánea?

He aquí las grandes cuestiones que la humanidad se ha lanzado sobre sus hombros, como quien se echa sobre sí un fardo engorroso o una lluvia espolvoreada de estrellas, la sal de la vida. No hay en ellas mucho de original ni novedoso, pero en su recurrencia y pertinacia se hallan las condiciones para reconocernos en las tradiciones que nos han precedido. La responsabilidad de la sabiduría de los modernos reside principalmente en mantener vivo el recuerdo ante el riesgo de verla quebrantar por parte de aquellos para quienes volver al origen significa invocar el retorno de los brujos o de sus aprendices. Sólo desde una perspectiva de simpatía hacia un saber que se redobla en sabiduría, para durar más y resistir mejor, puede contemplarse un propósito de tan amplio y ambicioso alcance. Abordar una revisión tan cuajada de gemas preciosas ya nos predispone a adoptar una actitud afirmativa y coriácea, es decir, propia de los modernos, muy alejada de ánimos debilitados, más deslumbrados por los destellos de las señales de alarma que por las luces de la razón. No debe desprenderse de ello que André Comte-Sponville y Luc Ferry se proponen brindar una exhibición de atropelladas sentencias resolutorias sino más bien una demostración de cómo se ha comprendido el mensaje de la modernidad que comienza donde ella culmina, a saber, en el conocimiento de su límite.

### III

Sea desde las prevenciones señaladas por Kant (Ferry) o desde un jubiloso escepticismo (Comte-Sponville), los dos se atienen a un programa de investigación que no pretende traspasar fronteras ni distraer lo esencial del pensamiento con piruetas de feria. Todo lo contrario. El libro se vertebra y se ajusta a un programa muy metódico (de claro vestigio cartesiano), y es esto quizá lo que aporta a su recorrido un especial interés. Empeñarse en un plan de abordaje a unas preguntas de semejante musculatura y fibra hace preciso un concierto común que reúna, al mismo tiempo, talento disertador y talante receptivo, conocimiento mutuo, amistad compartida y asunción genero-

sa de papeles — agente (expositivo) y paciente (escuchador)— de modo que se esquiven tentaciones de protagonismo.

Cada capítulo del libro se destina a una cuestión concreta y convenida previamente, sobre la que los dos contendientes ofrecen su particular punto de vista mediante textos escritos por separado, en los que se pone de manifiesto la contraposición de sus tesis (el humanismo que destila la idea de una «trascendencia en la inmanencia» de Ferry *versus* el naturalismo trágico, desesperanzado y alegre de Comte-Sponville). Como debate público que pretende ser, este «libro a dos voces» no se limita a un mero diálogo o confrontación entre sí, sino que, en un segundo momento del mismo, las dos corrientes en disputa desembocan en una discusión ante un limitado pero generoso grupo de asistentes, invitados a intervenir con peticiones de aclaración o particulares acotaciones a las intervenciones de los dos filósofos, junto al amparo acogedor del anfitrión Bernard Fixot, editor del libro. Este episodio y componente del debate, la puesta en común en un seminario, contiene algunos de sus instantes más atractivos, y favorece tanto la precisión de posturas como previene contra reiteraciones o divagaciones casi siempre inevitables en estas lides (las intervenciones y apostillas de Tzvetan Todorov, en este sentido, resultan especialmente oportunas y clarificadoras).

A nuestros autores les unen la pertenencia a una misma generación y la inclinación a preservar la sabiduría dentro de una atmósfera de modernidad, pero ¿qué les separa filosóficamente hablando y qué justifica el debate mismo? En esta nota no es posible resumir siquiera todos los términos de la discusión que el libro ofrece ni el contraste que respalda las diferentes concepciones vertidas en él sobre el significado de la trascendencia y lo absoluto, el estatuto ontológico y práctico de la humanidad, la primacía de la libertad, el valor del sentido, las versiones del relativismo ilustrado o la actualidad de la religiosidad y de la espiritualidad en el mundo contemporáneo. Pero, si hay que subrayar un argumento principal que nos conduce al fondo de la discusión optaré por este último, al considerarlo su motivo concluyente, y no por más debatido menos incuestionable para los dos filósofos. Ahí se localiza la dimensión que, según su parecer, resume la misión y la médula de la sabiduría de la modernidad: la espiritualidad laica o la religiosidad laicizada y secularizada. Tal conclusión les concilia, aunque pueda, es cierto, provocar aprobación o consternación para el lector, según la juzgue como coherente resolución (que no solución) de la problemática o como paradójica síntesis de contrarios. Veamos algunos de los argumentos de este asunto y procedamos a su cuestionamiento.

#### IV

La sabiduría de los modernos supone para Ferry una actitud de inconformismo hacia las sujeciones que impone el ser o la realidad o la naturaleza, en la medida en que su aspiración (su esperar y su esperanza) le impulsa a la representación teórica y práctica de una «vida común» y un «mundo expandido» (en el sentido que Kant asigna a este ideal), superior y más elevado de lo que la presencia de las «cosas» pueda procurar (he aquí la comprensión de la trascendencia en la inmanencia que proclama). Por su parte, Comte-Sponville propugna la reconciliación con el universo, la fusión y el amor universal como objetivos más acertados para un propósito de conservación que de salvación, pues lo sensato (lo sabio) se asienta sobre un pensamiento sin apéndices, que circunscribe el deseo y la acción al mundo, sin salir de él (he aquí su concepción de la inmanencia). Esta desavenencia metafísica conduce a otra de carácter moral: somos lo que queremos (Ferry) o queremos lo que somos y porque somos (Comte-Sponville) —versión de la añeja discusión sobre la preeminencia del sentido de la voluntad en la libertad (querer conocer) o el sentido del ser (no querer sino

permanecer) —. Se evoca de esta forma la oposición entre las diversas tradiciones que recorren la filosofía occidental y dentro de las que se mueven los oponentes: Platón contra Epicuro o Lucrecio; Leibniz contra Spinoza; Kant y Husserl contra Nietzsche, Marx y Freud.

Pero por encima de ellos, y atrayendo las enseñanzas emanadas tanto de Oriente como de Occidente, domina el aliento de una espiritualidad condensada en los mensajes de Jesús de Nazaret o de Buda: uno que clama por el prendimiento y el otro por el desprendimiento hacia el mundo y las dependencias que imponen a los hombres. La sabiduría de los modernos pasa en gran medida por el hecho de laicizar los contenidos de sus enseñanzas (Ferry destaca en esa misión la relevancia del cristianismo y Comte-Sponville la predica del Dalai Lama), pues de ellas se desprende la doctrina de la compasión y la energía del amor, auténticas señales orientadoras para las inquisiciones acerca de qué nos cabe esperar o cómo debemos vivir: «Al final, coincidimos en la creencia de que el *quid* de la sabiduría es el amor» (p. 569). En este punto, tanto Comte-Sponville como Ferry se conceden una licencia, legítima aunque arriesgada, al sancionar con sus palabras la superación del ámbito de la «mera moral» que les permite apeteer la esfera superior de la «ética», entendiendo por tal el territorio de la espiritualidad laica, en ese lugar donde —más allá del bien y del mal y remontando el deber hacia uno mismo— se descubre un trasunto de religiosidad después de la religión, allí donde aguardan los Otros o el Universo. Califico de aventurado este paso porque entiendo la moral y la ética como el cuidado de sí mismo, en cuanto requisito imprescindible para acceder al ideal de la humanidad, sin perder suelo. Pues salir de la moral (trascenderla o superarla: el sesgo hegeliano de la empresa no es eludido de modo eficiente por los autores del libro) y del marco normativo y legislador de la racionalidad, corre el riesgo de penetrar en el espacio de lo misterioso e inabarcable, en el extremo de lo humano..., allí donde reina el abismo y el vértigo. A esta recusación del yo, conceptuado como insuficiente e incompleto, sostenida por un confeso seguidor de Montaigne (Comte-Sponville) y a esta sacralización de lo humano, o apuesta por el Hombre-Dios como sintética Tercera Persona en el que abandonarnos, traída de la mano de un reconocido paladín del humanismo racional (Luc Ferry), es a lo que denomino arriesgados desafíos.

Este tránsito de la «mera moral» a la «ética» es sólo la antesala, a su vez, de una nueva transición no menos extraordinaria. En esta ocasión, se refiere al estatuto propio de la filosofía en el marco de la sabiduría de los modernos, que incita a severas dudas: ¿hasta qué punto son relevantes las reflexiones filosóficas y sus contrastaciones en una perspectiva de poderío y apremio religiosos (aunque sean laicizados)? ¿Y qué tienen, entonces, de «modernas»? No deja de ser llamativo que en las dos primeras partes del libro, en las que se libra la contienda teórica de posturas filosóficas, los desacuerdos y los choques son casi siempre insalvables, mientras que en la tercera parte, consagrada al diagnóstico de «La filosofía del siglo» —a hacer balance del desarrollo de la sociedad de masas, de la calificación del arte contemporáneo o la relación de los filósofos con la política— las afinidades se acercan de forma espectacular. En el curso de una de las últimas sesiones públicas, Tzvetan Todorov dirige a los contendientes la siguiente reflexión —a esa altura del debate absolutamente pertinente y reveladora—: «Mientras os leía y escuchaba, me he planteado la siguiente pregunta: ¿en qué medida vuestras intervenciones ilustran el materialismo de uno y el humanismo del otro?» (p. 510) El desequilibrio y la extraña falta de continuidad entre el discurso teórico y práctico expuestos se ponen así en evidencia, aunque acaso el verdadero sentido de la sabiduría que comparten los dos filósofos implica más una decantación hacia la potestad de la dimensión práctica, por encima de la autoridad teórica, que un estricto encadenamiento entre ambas.

A la interrogación «¿Para qué sirve la filosofía contemporánea?», Luc Ferry responde: «Los antiguos solían decir que la filosofía no era un «discurso» sino un modo de vida, no era un sistema

de pensamiento o una «teoría», sino una sabiduría práctica» (p. 589). Según esto, podemos corregir que su disputa no es tanto filosófica como «metafilosófica», sobre el «pensamiento del pensamiento» (Ferry), en el que crece la esperanza de la sabiduría o una sabiduría desesperanzada, según las definiciones, pero que convergen en aquello que parece preocuparles especialmente: vivir juntos, fomentar el gusto por conversar, el placer de la amistad y la común receptividad al sentimiento del amor como principio absoluto de salvación y auténtico eje rector de toda vida que aspira a la sabiduría. Ferry parece reafirmar esta idea cuando dice: «El debate entre filósofos escépticos/materialistas [André] y filósofos trascendentales y «a prioristas» (idealistas) [él mismo] no tiene ninguna importancia en la marcha de la ciencia hoy día, ni de hecho ni de derecho» (p. 624); o Comte-Sponville al agregar que sus distintas filosofías no les impide «estar muy a menudo de acuerdo más *abajo*, es decir sobre la moral aplicada, sobre la política, sobre el conocimiento, sobre la cultura, y aunque sin mantener siempre la misma postura en líneas generales formamos parte de la misma corriente» (p. 623).

## V

No quiero decir que el lector, llegado a los últimos instantes de la larga discusión, esté deseando derramamiento de sangre o la revalidación de una de las convicciones sobre la otra, cuando ambas han sido tan elocuentemente defendidas, porque en una disputa intelectual serena no hay que esperar vencedores ni vencidos, o por decirlo con las palabras de Michel de Montaigne: «Es indecoroso trocar el debate en combate» (*Ensayos*, III, 8). Sin embargo, más por expectativa de coherencia presumida que de beligerancia apetecida, queda, al culminar la lectura del libro, una cierta decepción por no haberse completado satisfactoriamente algunas de las cuestiones más sabrosas y prometedoras del debate, como, por ejemplo, las centradas en las mutuas acusaciones de «contradicciones performativas» (negar en la práctica lo que se afirma en la teoría) que durante gran parte del mismo se lanzan entre sí los dos filósofos, como testimonio de la inconsistencia de sus respectivas concepciones. No estoy seguro de que en esta manifiesta ambigüedad o indefinida asunción de posiciones se halle la clave que da razón de las mismas, al tratarse de sus razones, lo cual no significa que la tengan, pero leamos, además, esta declaración de Comte-Sponville: «En el fondo, a Luc y a mí sólo nos separa lo que ignoramos» (p. 586). La sentencia es nítida y esclarece sin duda el criterio de los autores, mas quizá no tanto la comprensión del lector, que llega al final del libro ignorando qué es lo que, en realidad, les separa y, si es capaz de conseguirlo, todavía le quedará la incertidumbre de saber qué justifica haber desplegado sus particulares filosofías con tanto esmero y minuciosidad para después «ignorarlas». Se dirá que lo que se discute «en el fondo» no es tema de filosofía, sino asunto de espiritualidad laica, expresión del ser y de la sabiduría de los modernos, siendo aquélla asunto secundario, un medio sin mayor importancia para lograr un fin primario. Pero esta proclamación de objetivos no justifica la indiferencia hacia la coherencia de sus posiciones, tal vez mermadas por esa displicencia hacia ese espacio, la filosofía, donde la lógica y la argumentación ordenan más que el amor. Un resultado de esa despreocupación les conduce, por ejemplo, a tomar la causa por el efecto, y entender la laicidad y la des-sacralización como condición de la modernización y de la racionalización en vez de como su consecuencia o fin, elección esta que sí se nos antoja relevante en toda aproximación seria a la naturaleza y cualidades de la modernidad. Porque si difícil es pensar la modernidad sin Spinoza o Kant, sin el concurso de Max Weber el resultado resulta sencillamente incompleto e insuficiente, como se puede demostrar en este litigio sobre causalidades y prioridades.